

## Catedráticos, expertos y analfabetos

por José Luis Gómez Urdáñez

Dios creó el mundo, perfecto y ordenado, pero quiso completar su obra fabricando una criatura aún más maravillosa que Adán. Creó entonces el catedrático. Pero, a los pocos días, desde la tierra le llegaron alarmantes noticias: todo se encaminaba hacia el caos. El catedrático se inmiscuía en todo y donde había orden empezaba a reinar la confusión. La solución divina pareció al principio contradictoria, pero luego se reveló excelente: Dios creó otro catedrático. Los dos seres perfectos se pusieron a discutir y el mundo siguió en paz hasta hoy. Nació así la universidad, un lugar aislado donde discuten sin molestar a nadie los catedráticos y los que aspiran a serlo.

Pero en nuestros días, un personaje nuevo ha venido a enturbiar este panorama ideal: ha llegado a la universidad el experto.

El experto es un caballero (o caballera), moderno y agresivo, masterizado en ciencias blandas de fuerte contenido funcionalista; su look es totalmente british y su equipaje el proyector de transparencias. Suele acompañarse de otros personajes, generalmente extraídos del mundo de la psicopedagogía cognitiva, por supuesto norteamericana, y de algún político, evidentemente correcto y conservador (da igual el partido político). No ha dado nunca clases en la universidad, pero dice conocerla mejor que nadie –no admite réplicas que no se sitúen en su campo–, y además asegura saber cómo será su futuro de no aplicar la única solución, por supuesto la que propone (suele añadir que ya está probada en treinta y cinco universidades anglosajonas). Sus remedios son tan sencillos que uno se queda con cara de tonto al ver que siempre había tenido la solución universal ante sus ojos y no la había visto. Cinco siglos de crisis en la universidad podían haber sido resueltos en un plis plas...

Ocurre, sin embargo, que el experto resuelve todos los problemas que la universidad nunca ha tenido. Armado con gráficos, curvas y porcentajes, suele presentarse con soluciones que llama modelos, basados en nociones como eficacia, productividad, ergonomía, sinergia, autoevaluación, control, calidad, etcétera. El experto y sus colaboradores muerden una parte considerable del presupuesto de las universidades que, evidentemente, luego no tienen dinero para pagar profesores en formación, proyectos de investigación, becas a los doctorandos, etcétera, pero como la innovación tecnológica es el remedio universal y la productividad el gran objetivo según concluye siempre el experto, las autoridades académicas tienen asegurada la materialización de sus slogans de lucha por la calidad, innovación, renovación tecnológica o apuesta por el futuro, con sólo destinar gruesas sumas a comprar aparatos con muchos chips y muchas kas y, sobre todo, con promover nuevas carreras cortas, baratas –profesor, pizarra y pupitre– y pegadas a la “realidad empresarial-comercial” del entorno.

No necesita el avisado lector que le recuerde que estas carreras cortas, que no exigen doctores ni investigación, suelen ser lo que en otros países constituye la Formación Profesional, pero si sigue por ahí entenderá por qué España tiene el mayor número de

universitarios de Europa, y tendrá un argumento más para explicarse por qué es tan dependiente en investigación a pesar de los titánicos esfuerzos de algunos científicos que se quedan en las universidades. También podrá reflexionar sobre la situación general de analfabetismo funcional que vive el país. Pero el experto no habla de estas cosas.

Lo ha de hacer, una vez más, una de aquellas solitarias criaturas que sobrevive en la vieja y anquilosada universidad y que de vez en cuando sale de la burbuja. Esta vez ha sido Gonzalo Anes, maestro de historiadores, catedrático y director de la Academia de la Historia, que ha dicho públicamente que los estudiantes universitarios son incultos y que los profesores sólo pueden, incluso en cursos de especialidad, intentar como mucho una introducción a la materia que deberían explicar en profundidad. ¡Casi nada!

La autoridades universitarias deben estar todavía atónitas, pues el experto no había dicho nunca estas cosas. Al contrario, la evaluación era positiva, las sinergias conseguían superar el índice previsto, la productividad era alta, la calidad estaba por encima de la media. Aluviones de porcentajes, gráficos y curvas, desviaciones, medianas y polinomios no permitían detectar nada de lo que decía el catedrático; en todo caso, los números desmentían sus cualitativas, subjetivas aseveraciones. Pero, en fin, no nos alarmemos: seguro que el experto tiene ya la solución...

Mientras, quizás el maestro Anes reflexione y pida el asesoramiento del experto y de su séquito de psicopedagogos; quizás así logre ver más claras las cosas... al fin y al cabo, es un catedrático de historia económica acostumbrado a gráficos y porcentajes. Esperemos acontecimientos. Hasta que nos den la solución, por supuesto bien cuantificada, nosotros a leer, a pensar y a escribir algunas tonterías, como han hecho siempre los engreídos catedráticos.

No sé quien dijo que la creación es un pacto con la soledad, pero seguro que no perdió ni un minuto atendiendo a un experto... Claro que quizás por eso la universidad española lleva cinco siglos en crisis.